

Burdeos un enviado de Robespierre. Tallien fué reemplazado por él y partió con Teresa para Paris.

Robespierre se equivocó en su plan; el viento se inclinaba á la clemencia; Tallien, á quien Robespierre creia despopularizado por su indulgencia, fué nombrado presidente de la Convencion.

Desde aquel momento se declararon ódio mortal aquellos dos hombres.

El enviado de Robespierre le escribió desde Burdeos:

—Ten cuidado; Tallien aspira á representar gran papel.

No atreviéndose Robespierre á atacar de frente á Tallien, hizo que el comité de salvacion pública prendiera á Teresa.

La detencion tuvo lugar en Fontenoy-de-las-rosas.

Teresa fué conducida á la cárcel de la Fuerza.

Esto sucedió quince dias antes que me prendieran.

## XXV.

Manuscrito.

*(Continuacion.)*

En un calabozo oscuro y húmedo, parecido al de Burdeos, fué arrojada Teresa.

Apoyada contra la pared permaneció toda la noche, y subida sobre una mesa, por temor de los ratones.

Dos ó tres dias despues la pusieron en comunicacion y la trasladaron á un cuarto, en el que habia ocho mujeres.

¿Adivinas, amado mio, en qué pasaban el tiempo y las noches interminables aquellas ocho presas?

Jugaban al tribunal revolucionario.

Siempre condenaban á la acusada; la ataban las manos, la hacian pasar la cabeza por entre los palos de una silla, la daban un golpe en el cuello y habia concluido.

De las ocho, cinco partieron para representar realmente en la plaza de la Revolucion el papel que habian estudiado en la cárcel de la Fuerza.

Entre tanto, Tallien rondaba alrededor de la cárcel, envuelto en una capa y procurando ver la sombra querida de Teresa por entre las rejas de las ventanas.

Por último, se decidió á tomar alquilada una buhardilla, desde la cual podia ver el patio en donde los presos se paseaban.

Una tarde, en el momento en que se disponia á volver al calabozo, porque, gracias á la bondadosa mujer de Ferney, habia dis-

frutado un momento más del paseo, vió caer una piedra á sus piés.

Todo es un acontecimiento para los presos; le pareció que aquella piedra debía encerrar un misterio; la cogió y encontró liado á ella un papel.

Lo ocultó rápidamente y tiró la piedra: no podía leerlo porque ya era el anochecer y estaban prohibidas las luces.

Durmió con el papel en la mano, deseando que amaneciera para enterarse de su contenido.

Apenas vió la luz del alba se levantó, se acercó á la ventana y leyó con los primeros rayos de luz lo siguiente:

«Velo por vos: salid al patio todos los dias: no me vereis, pero estaré cerca de vos: confianza.»

La letra estaba desfigurada y no tenia firma el papel; pero ¿quién, no siendo Tallien, podia interesarse por Teresa?

Esperó con impaciencia que llegara la hora en que subia Fernéy: hizo todo lo que pudo por hacerle hablar; pero el carcelero no contestó y se puso un dedo en los labios.

Durante ocho dias seguidos recibió Teresa por el mismo medio noticias de su protector.

Pero sin duda los espías advirtieron á Robespierre, y le dijeron que Tallien habia alquilado una buhardilla frente á la cárcel de la Fuerza.

Se pasó la orden para que Teresa fuese conducida á los Carmelitas con otros ocho ó diez presos.

De modo que, al mismo tiempo que salia yo de la Fuerza pequeña, salia ella de la Fuerza grande.

La carreta de los condenados salió por la puerta de la calle del Rey de Sicilia, y el chirrion de los prisioneros por la puerta de la calle de los Rosales.

En la calle de los Lombardos se encontraron porque tenian que atravesar la calle de San Honorato para ir al puente de Nuestra Señora.

Entonces fué cuando vi á Teresa y la envié mi capullo de rosa. Cuando llegó á las Carmelitas la pusieron en el cuarto de Jose-

fina Beauharnais, de donde hacia poco que habian sacado á la señora de Aiquillon.

La condesa de Beauharnais era una mujer como de veintinueve á treinta años, natural de la Martinica, en donde su padre desempeñaba el cargo de gobernador del puerto.

Habia llegado á Francia de quince años, y se habia casado con el vizconde Alejandro de Beauharnais.

El general Beauharnais habia servido como tantos otros á la revolucion, y esta misma le condujo al patíbulo, en donde acaba de morir.

Aunque no muy feliz con su marido, habia hecho, como la marquesa de Fontenoy, todo lo que habia podido por salvarlo; pero sus diligencias solo habian servido para comprometerla.

Preso y conducida á los Carmelitas, esperaba ser llamada de un dia á otro delante del tribunal revolucionario.

Tenia dos hijos del general Beauharnais, Eugenio y Hortensia (1), pero era su pobreza tan extremada, que Eugenio habia entrado como aprendiz en casa de un carpintero, y Hortensia en una tienda de ropa blanca solo por la comida.

La víspera de la llegada de Teresa se habian llevado la cama de la señora de Aiquillon.

—¿Qué haceis? preguntó Josefina al carcelero.

—Ya lo veis, me llevo la cama de vuestra amiga.

—¿Pero en dónde dormirá esta noche?

—Esta noche no necesitará cama.

Efectivamente, habian ido en busca de la señora de Aiquillon, la que no volvió más.

Quedaba un colchon en el suelo, el que debia servirnos á las tres no siendo que una de nosotras durmiera sobre una silla.

Preciso es confesar, querido Jacobo, que el aspecto de nuestro cuarto nada tenia de alegre. El 2 de Setiembre habia sido teatro del asesinato de varios sacerdotes, y la sangre habia salpicado á las paredes en algunos sitios.

(1) Madre de Napoleon III.

Además se veían algunas inscripciones lúgubres, último grito de la esperanza ó de la desesperacion. Vino la noche, y con ella las ideas más tristes. Las tres nos sentamos sobre el colchon, y como yo era la única que no tenía miedo, me dijo Teresa:

—¿No sientes temor?

—¿No os he referido que había buscado la muerte?

—¡Morir á los diez y seis años! me dijo Josefina.

—¡Ay! he vivido más que una mujer de veinticuatro años.

—En cuanto á mí, repuso Teresa, confieso que tiemblo al menor ruido.

¡Dios mio! ¡Dios mio! Tú has visto guillotinar á treinta personas, has sentido el aire que hacia la cuchilla al pasar como un relámpago, y sin embargo, no han encanecido tus cabellos.

—Lo mismo que Julieta al ver á Romeo tendido bajo su balcon, así me parecía á mí que veía á mi amado tendido en la tumba aguardándome. No moría, iba á buscarle y nada más. Vosotras lo poseéis todo en el mundo; prometidos, hijos, y por eso anheláis vivir: yo lo tengo todo en la tumba, por eso quiero morir.

—Pero ahora, me dijo con expresion cariñosa, ahora que has encontrado dos amigas, ¿deseas todavía morir?

—Sí, si vosotras morís.

—¿Pero y si no?

—Entonces desearé vivir.

—Mira, dijo Teresa abrazándome y besándome, si pudieras salvarnos...

—¿Cómo? Mucho me alegraría, ¿pero de qué modo?

—¿Cómo?

—Sí. Estoy presa como vosotras.

—Sí; pero por lo que nos has dicho, podrias salir si quisieras.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Estás protegida por ese hombre de la casaca corta, por un comisario.

—¿Protegida?

—Ciertamente; ¿no te ha hecho encerrar con otro nombre?

—Sí, es verdad.

—¿No te ha dicho que volvería?

—Pero cuándo, no lo sé.

—No sé; pero deseo sea lo más pronto posible...

—Los dias caminan muy de prisa.

—Si supieras su nombre...

—No lo sé.

—Se podría preguntar al portero.

—Más vale dejarle volver, puesto que ha dicho que volvería.

—Sí; pero de aquí hasta allá...

—Puedo salvar á una de vosotras.

—¿A cuál? preguntó vivamente Teresa.

—Justo será que fuera la que tiene hijos, á Josefina.

—¡Sois un ángel! me dijo esta abrazándome; jamás aceptaría ese sacrificio.

—Escuchad, amigas mías, ¿cuántos dias hace que estais aquí? ¿Cuánto que estais presas?

—Yo, dijo Teresa, hace veintidos dias.

—Y yo, añadió la condesa de Beauharnais, diez y siete.

—Pues bien, es probable que ni mañana ni pasado se ocupen de vos. Tenemos tres ó cuatro dias para que vuelva el comisario, y si no vuelve, le haremos buscar: entre tanto vamos á dormir: la noche es buena consejera.

Y nos acostamos en el colchon en brazos una de otra.

Pero creo que dormiré yo sola.